

Un océano, un elefante

Mauricio A. Figueroa Candia

¡Cómo quisiera tener las alas de una paloma
y volar hasta encontrar reposo!

Salmo 55:6

Está oscuro, pero sé que hay un elefante en la pieza. Está aquí al frente mío. Hasta ahora, no había reparado en lo relativamente similares que son los elefantes por delante y por detrás (de hecho, no sabría decir si este elefante está llegando o se está yendo). Otra de sus propiedades singulares es que, para ser un elefante, no parece muy enorme, sino liviano, como hecho de piel colgando arrugada sobre el cuerpo. O tal vez sí es enorme, aunque en ese caso está muy lejos: es grande el universo, pero chico el mundo.

También está el océano aquí, cuya orilla reconozco por el sonido de las olas, que van o vienen (como el elefante) en intervalos regulares. Ambas cosas me provocan una profunda tranquilidad –el elefante y las olas– y prefiero despertarme aquí con ellos en lugar de allá afuera, donde sepa uno qué sinsentidos habrá, a pesar de que no haga nada sino no moverse el elefante, y aunque en el ir y venir del agua (ceros y unos) no pueda leer el mensaje de tus sueños permanentes e impenetrables.

Julio de 2013